

Luis Cernuda: una fotografía y el exilio del viento y el alma

Angelina Muñiz-Huberman

Tengo ante mí una foto de Luis Cernuda que ha abierto la puerta de la nostalgia y de los recuerdos. Esa foto apareció el 21 de septiembre de 2002 en el periódico español *El País*. La foto muestra a un grupo de jóvenes en traje de baño corriendo hacia el mar: tres hombres y tres mujeres. El periodista sólo ha identificado a dos personas: Manuel Altoaguirre y Luis Cernuda, y yo identifiqué a otra más. La mujer de la extrema derecha es Sara Hernández-Catá. Se preguntarán quién es. En su época fue una mujer famosa, relacionada con el mundo literario y diplomático de España, siendo su padre el escritor y embajador cubano Alfonso Hernández-Catá. En una nota al ensayo de James Valender sobre “Luis Cernuda y María Zambrano”¹ se la menciona como amiga de María Zambrano. Pero Luis y Sara se conocían desde antes y ahora, por la foto, constato que desde 1937 por lo menos.

¿Y por qué darle importancia a este hecho? Pues porque Sara gozaba de la confianza de Luis Cernuda hasta el punto de que, años después (1952), durante su estancia en Cuba, recibía correspondencia en el domicilio de su amiga. Pero eso no es todo; yo había vivido en la isla entre los dos y cinco años de edad con mis padres, refugiados de la Guerra civil española. Mi padre, periodista, marcado por la tragedia de la muerte de su primogénito y de la pérdida de la guerra, quiso huir del mundo y vivir en el campo para olvidar su dolor. Eligió un pequeño pueblo, Caimito del Guayabal en la provincia habanera, para su especial retiro de las vanaglorias. En ese lugar nos visitaba Sara Hernández-Catá, amiga de mis padres en Madrid y en París. Y no lo sé, porque es tarde para hacer preguntas, pero la amiga en común pudo haber sido un tenue vínculo desconocido entonces por mí.

Claro que en esa época yo no preguntaba por poetas. Vivía en el campo, rodeada de adultos, y sin siquiera ir a la escuela. Las fotos anunciaban su poder persecutorio y las que tengo de Sara, tomadas por Luis G. Wangüemert, me hacen pensar que es la misma persona de la foto con Cernuda. Porque intuyo o presiento, pero carezco de certezas.

Volví a ver a Sara Hernández-Catá en México hacia 1964 y nunca se me ocurrió que hubiera conocido a nuestro poeta sevillano, por lo que tampoco

¹ James Valender *et al.*, *Homenaje a María Zambrano*. México, El Colegio de México, 1988.

pregunté por él. Lo había visto, años atrás, caminando por los pasillos de esta nuestra Facultad, como un *lord* inglés, vestido de *tweed* y blandiendo un paraguas con ligereza y elegancia. Esperaba tomar un curso con él en el siguiente semestre, pero su repentina muerte me lo impidió.

90 Después, me propuse leer su obra y he continuado en su lectura. He escrito sobre él y ahora, de nuevo. Por eso me di a la tarea de recoger las fotos que han aparecido en los periódicos, revistas y libros hasta la fecha. Tengo una buena colección de papel. Un Luis Cernuda de papel. Y lo repaso, en ese su delirio de ser fotografiado en toda pose, en todo lugar, a pie, montado en una cabalgadura, caminando, corriendo, sentado en una roca, pretendiendo leer un libro, en un muelle y con la chaqueta en el brazo, todo de blanco o de traje oscuro con chaleco y flor en el ojal. Obsesión de fijar la instantaneidad en busca de la eternidad. Obsesión que también lo llevó a retratar él a sus amigos, a los jóvenes y niños que tanto amó, a las ciudades, las calles, los paisajes, los personajes. Una deleitosa vanidad en busca de detener la imagen del amor. Si se le acusa de silencioso y hosco, se desquitó con la forma y la imagen. Ésas fueron sus maneras de hablar.

Poeta de limpia factura, incomprendido y hasta repudiado en su época, porque se atrevió a ser él ante los demás: que no siguió órdenes, cánones ni preceptos, que no se traicionó y que se aceptó como era, sin necesidad de cambiar o de ocultar. Heredero de la luminosidad griega, criticó crudamente la oscuridad del cristianismo y consideró a España una cruel madrastra, que no lo entendió entonces y que, a pesar de los homenajes, tal vez tampoco ahora lo entienda. Hay otro tono de falsedad, de inevitable hipocresía en toda oficialidad.

También Cernuda se apartó y se encerró en sí. Necesariamente. Eligió poetas de otras lenguas, francesa, inglesa, alemana, como sus preceptores, y defendió la poética filosófica de Miguel de Unamuno adoptando su credo poético: “Piensa el sentimiento, siente el pensamiento”. Amigo de María Zambrano, discutió con ella, coincidió y discrepó. Junto a estos dos pensadores eligió a san Juan de la Cruz como guía espiritual de una obra, “externamente estética, internamente ética”.²

A partir de su infancia encarnó en sí todos los grados del exilio, aun antes de padecerlo. Ni siquiera pensó en el retorno, pues sabía que no era para él. Inglaterra, Escocia, Estados Unidos, Cuba, México fueron una prueba de la vida en tránsito que eligió. Huía del frío al calor, del altiplano a la playa y sólo esperaba el golpe de la muerte para descansar:

² Citado por José Ángel Valente, en *Las palabras de la tribu*. Barcelona, Tusquets, 1994, p. 122.

Sigue, sigue adelante y no regreses,
fiel hasta el fin del camino y tu vida,
no echés de menos un destino más fácil,
tus pies sobre la tierra antes no hollada,
tus ojos frente a lo antes nunca visto.³

Su tarea como poeta reflejó su íntimo debate en su acertado título, *La realidad y el deseo*. Aspiró, en palabras de Luis García Montero, “a la reivindicación de la soledad moral del individuo como único ámbito en el que se pueden defender los sueños colectivos y la dignidad humana”.⁴

Su poesía de madurez, de índole filosófica, significó la depuración de toda una vida entregada a un destino que supo amargo, pero que no eludió. Como protagonista de tragedia griega, llegó a escribir lo siguiente en una de sus últimas cartas a María Zambrano: “Uno no reina, ni siquiera gobierna en su vida”.⁵

Para el poeta y ensayista José Ángel Valente: “La obra de Cernuda rebasa su propia órbita —esa órbita en la que, como muy bien ha señalado Octavio Paz, se producen ‘algunos de los poemas más intensos, lúcidos y punzantes de la historia de nuestra lengua’— para venir a dar una nueva inflexión a la tradición literaria a la que pertenece.”⁶ Tradición que el propio Cernuda acepta o rechaza según sea el caso.

Poeta de los cuatro elementos, escogió el viento como el depositario del misterio, el de la fuerza invisible y el de la metáfora oculta. Uno de sus poemas así lo expresa:

El viento y el alma

Con tal vehemencia el viento
viene del mar, que sus sonos
elementales contagian
el silencio de la noche.

Solo en tu cama le escuchas
insistente en los cristales
tocar, llorando y llamando
como perdido sin nadie.

³ Citado por Bernard Sicot, en *Quête de Luis Cernuda*. París, L'Harmattan, 1955, p. 342.

⁴ *El País*, 21 de septiembre de 2002.

⁵ J. A. Valente, *op. cit.*, p. 194.

⁶ J. Valender *et al.*, *op. cit.*, p. 111.

Mas no es él quien en desvelo
te tiene, sino otra fuerza
de que tu cuerpo es hoy cárcel,
fue viento libre, y recuerda.⁷

92

Hay poetas cuya marca del exilio puede desplegarse antes de padecerlo. O, tal vez, la verdadera poesía sea la portadora del exilio, la que lo propicie, la que lo defina. La que indague escrupulosamente en el desamparo y la soledad. En el ritmo del desengaño. Luis Cernuda se debate en los múltiples exilios que marcaron su vida: personales, generacionales, históricos. Entre el alma y el viento: entre el yo poético desdoblado entre el tú y en el otro. Ese otro que fue él. El otro encarnado en el yo que, a su vez, es el tú. La frontera de la individualidad traspasada y borrada en el universo de las palabras. La unicidad que se desvanece en el silencio y el apartamiento. La amargura de una España que condena a la orfandad. El poeta refugiado en la inquietante calma de un jardín por él diseñado hacia una muerte paradisiaca. Las eternas preguntas que a ninguna respuesta conducen. La ineludible presencia de puertas selladas sin llave a la mano. En medio del mundo agobiante, ¿quién es Luis Cernuda? Para ello recurre al mejor compañero del interno diálogo: dos es uno y uno se duplica.

El tú de Cernuda es su yo, y su yo pasa a ser nuestro yo. El viento que busca un cuerpo y el alma que ha perdido su libertad, son ambos el mismo viento. El cuerpo que yace desvelado se debate entre un viento que lo busca y un alma que recuerda su origen. Tal parece que viento y alma quisieran fundirse y acallar su soledad. Pero el alma, encarcelada dentro del cuerpo, y el cuerpo encarcelado en la habitación no pueden recobrar su libertad. Tampoco el viento puede penetrar en ese mundo cerrado que llora y grita en el silencio de la noche. Se acalla lo que más importa, lo que no debe nombrarse, y así la palabra alma no se manifiesta, sólo se revela en el título, mas no en el poema.

El viento, con ese sonido ancestral que ya había escuchado el hombre primero, es la fuerza elemental. Tan antiguo como la vida, el viento la propicia, esparce semillas, arrastra arenas, es aliento vital, riza lagos y mares. Es también la oscuridad. Para algunos presocráticos, el viento era la noche y era el sonido. Guiaba el laberinto pitagórico como una interpretación del signo de la vida y la relación entre el universo y el hombre. Para Cernuda el viento se oye de noche y es la presencia de la intimidad más profunda, del movimiento de los elementos astrales y de la elaboración metafórica. El poeta, partiendo de una situación concreta (estar sólo en la cama), se eleva por medio del alma-viento

⁷ Luis Cernuda, *Invitación a la poesía*. Barcelona, Seix Barral, 1975, p. 41.

a una situación cósmica: el alma hoy prisionera recuerda que fue aire en su origen. Espejismo platónico que aspira a liberar las fuerzas ocultas entre la imagen y su reflejo.

La sensación de soledad y de vacío de amor está reforzada más aún por esa parte del viento amante que busca, implorando por la noche, a su cautiva alma amada, imposible de alcanzar. El viento toca, llora y llama a la puerta del poeta que ha atrapado parte de su ser. El viento, perdido y sin nadie, como el poeta, no podrá romper la pared invisible de lo fragmentario, de lo deleznable, de la separación a que está condenado.

Así, el amor es una lucha de imposibles, una barrera que no se palpa, una lejanía que va hundiéndose en capas de desesperación hacia horizontes desmayados. Si acaso, sólo queda el recuerdo de una unión original, de un paraíso perdido, de una integración total con el universo, con Dios, con el amor y con la naturaleza. La idea de la separación, de un corte, de un desgarrro como aprendizaje para la última de todas, intuita al nacer, es dolorosa, hiriente, incapaz de apartarse del pensar y del sentir.

En tres estrofas, Cernuda ha sintetizado un tema universal cuya preocupación es objeto de la filosofía. En la primera, da nacimiento al tema con el rumor del viento; en la segunda, es el tú-yo de Cernuda el que escucha el lamento del aire; y en la tercera, es el tú-nosotros que recoge, en amplitud cósmica, la fragilidad y vanidad de cosas y seres en la inmensidad del espacio abandonado. Es el regusto de una melancolía, de una nostalgia, de un no-sé-qué indecible, semejante a la ley mística de san Juan de la Cruz. Equivale a la atemporalidad nocturna que se revela en la fuerza del sonido y en la carencia de luz y vista. Es una realidad y un deseo del exilio que, en palabras de María Zambrano evita los espejismos y hace escuchar las voces. Es un don de la poesía saber escuchar antes que ver y, en todo caso, es ver lo invisible. O darle forma a lo informe, de nuevo en palabras de María Zambrano.

Recoger los sonidos de la noche es penetrar en el sentido del exilio. La imagen del mar como la inmensidad del origen: el lugar de donde viene el aire y donde se pierde el alma, es también la imagen del verso y de la medida confirmada. Por un lado el mar como la periodicidad, y por el otro, como los infinitos caminos sin ruta sólo compenetrados por la fuerza de la rosa de los vientos.

Por último, la memoria de las cosas es la libertad asumida, ya que el alma encarcelada en el cuerpo puede huir de su encierro al oír el sonido del viento del cual provenía. Conclusión que revela al poeta que no es el aire el que lo mantiene despierto, sino el alma enamorada que lo acompaña mientras viva como promesa del fin del exilio y retorno al origen.

El viento amado por el poeta es ese mismo que, invisible, empuja a los jóvenes de la fotografía que, en ese momento no saben que no es el mar lo

que los espera sino el exilio y la muerte. O el mar como cita con la muerte, recordando el poema medieval tan amado por Luis Cernuda.

Una fotografía lleva a otra fotografía, unos recuerdos se asocian con otros. Al final sólo importa ese momento inaprehensible en que la oportunidad de conocer algo se perdió y su total desamparo, a destiempo, que no conduce a nada sino a estas breves palabras que he escrito aquí, sin remedio.

94



Cernuda y sus amigos.